

CONGRESO DE SALUD, VIDA Y FAMILIA
(MÉRIDA, YUCATÁN - MÉXICO 2009)

Saludo de apertura

Cardenal Ennio Antonelli
Presidente del Consejo Pontificio para la Familia

Vuelvo a México por tercera vez. Me alegra conocer cada vez mejor este noble pueblo y poder admirar este paraíso terrestre que es Yucatán, con su frondosa vegetación, sus espléndidas playas, y los monumentos de los Mayas. Estoy muy contento de participar en este importante Congreso: “*Salud, vida y Familia*”.

Saludo con vivo sentimiento de fraternidad en el Señor al Nuncio Apostólico, al Arzobispo de Mérida, al que agradezco que me haya invitado y que me haya ofrecido una magnífica acogida; saludo también al Obispo Auxiliar y a todos los Obispos presentes.

Saludo con respeto y cordial amistad a las autoridades que honran el Congreso con su participación. Doy las gracias a los organizadores (Asociaciones, Comisiones, Oficinas diocesanas). Deseo un sereno y proficuo trabajo a los relatores, a los periodistas, a todos ustedes que participan y manifiestan un profundo interés por este acontecimiento y por los temas que se tratarán en él.

El programa del Congreso, a simple vista, parece, de verdad, intenso e imponente: muchas conferencias, momentos de fiesta, celebraciones litúrgicas, exposiciones sobre los Movimientos por la vida, encuentro de jóvenes en favor de la vida. Son numerosos los temas que se examinarán: la vida, la salud, la enfermedad, el dolor, la muerte, la sexualidad humana, la educación sexual, el noviazgo, el matrimonio, la familia, el divorcio, el respeto de la vida naciente, la adopción de niños, la formación de los jóvenes, el peligro de la droga. Son diversas y complementarias las competencias implicadas y las perspectivas científicas de estudio según diversas disciplinas: antropología,

psicología, psiquiatría, biología, medicina, pedagogía, sociología, derecho, teología pastoral.

La Iglesia interviene en los temas del Congreso como experta en humanidad, como enviada por el Señor Jesús a enseñar la verdad sobre el hombre y sobre la vocación al amor. *“Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”* (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 22). Jesús, mediante su atención preferencial por los pecadores, los enfermos y los marginados, ha revelado que el Padre considera importantes a todos los hombres, cualquiera que sea su condición. Ha declarado explícitamente que la persona vale más que el alimento y que el vestido, más que la posesión de todo el mundo, y no puede ser objeto de cambio con ninguna cosa (cfr. Mt. 16, 26; Lc. 12, 23). Mientras la mentalidad materialista exalta la vida en la medida en que posee salud, prestancia física, elegancia exterior y riqueza, logra el éxito, es eficiente y es capaz de placer; la Iglesia enseña, en cambio, que el hombre, imagen viviente de Dios, vale por sí mismo, no por lo que sabe, por lo que produce o por lo que posee. La persona humana no debe ser instrumentalizada y manipulada como un objeto; sino que se debe respetar como sujeto espiritual y corpóreo, colocado entre el cielo y la tierra, abierto a Dios e insertado en el mundo. El respeto que se debe a la persona, se extiende también a su cuerpo. Desde el punto de vista de las ciencias experimentales y de la biología, el cuerpo es una partícula de la materia y un organismo maravillosamente complejo. Pero no se reduce a esto. La conciencia que cada uno de nosotros experimenta de sí mismo, nos dice que el cuerpo está integrado en nuestro yo, en nuestra subjetividad. Nosotros no lo observamos sólo desde el exterior como un objeto, sino que lo vivimos desde el interior: en él sufrimos, gozamos,

experimentamos múltiples sensaciones; a través de él tocamos y somos tocados, actuamos y padecemos acciones desde el exterior, nos expresamos a nosotros mismos y comunicamos con los demás. Una actitud espiritual como la amistad se hace gesto y actividad; y viceversa, una contracción muscular se convierte en grito de dolor.

Jesucristo ha revelado que el hombre puede vivir y desarrollarse sólo en la relación de amor con Dios y con los demás. *“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”*. (Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 10). Creados a imagen de Dios, uno y trino, sólo podemos realizarnos en la reciprocidad del amor, donando y acogiendo, entrando en comunión con Dios y con los otros en el respeto de su alteridad. *“Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros. Para que el mundo crea que tú me has enviado (...) que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectamente uno”* (Jn. 17, 21-22). La participación en la vida de la Trinidad divina es el sentido último de la sociabilidad humana y de la Iglesia, de toda comunidad y, particularmente de la familia, experiencia primaria de la reciprocidad, en la que la persona está llamada a nacer, vivir y crecer.

En esta perspectiva se intuye el valor de la sexualidad, no como puro hecho biológico, sino como capacidad relacional, lenguaje, comunicación, actuación y expresión del amor recíproco y de una comunión total de vida.

La visión cristiana de Dios, del hombre y de la familia, a pesar de su belleza, encuentra muchas dificultades y oposiciones en el mundo secularizado actual. Relativismo, subjetivismo ético, cientificismo, utilitarismo, hedonismo, individualismo libertario, caracterizan ampliamente la cultura dominante y la mentalidad difundida entre mucha gente e influyen peligrosamente la política. Pero la Iglesia confía en la gracia de Dios y en el deseo de verdad y de bien, que mora en el corazón de los hombres. La Iglesia no se cansa de interpelar la conciencia de los cristianos y de los hombres de buena voluntad. No impone su doctrina, sino que la propone. Trata de dar una ayuda a la capacidad de buscar y reconocer la verdad y el bien que se encuentra en todo hombre, más o menos como los adultos ayudan al niño a desarrollar su innata capacidad de hablar. La conciencia contiene en sí misma el imperativo de buscar la verdad y de realizar el bien; debe comprometerse seriamente, incluso confrontándose con los demás y escuchando a quien puede ayudarla. Ella no puede decidir por sí misma lo que es el bien y lo que es el mal, puede sólo reconocerlo. Si es recta y logra una prudente certeza, se convierte en norma próxima del actuar humano y se debe obedecer siempre, aún cuando objetivamente fuera errónea y confundiera lo verdadero con lo falso y el bien con el mal. La conciencia errónea en buena fe, que los teólogos morales llaman invenciblemente errónea, conserva toda su dignidad, porque se mantiene fiel al mandamiento supremo de buscar la verdad y de realizar el bien. Esto no significa que aquello que objetivamente está mal, llegue a ser bueno en sí mismo y tenga consecuencias positivas; significa solamente que la persona con conciencia errónea en buena fe no es culpable.

No se puede acusar al Magisterio de la Iglesia de injerencia indebida, ni siquiera cuando indica a los ciudadanos y a los hombres empeñados en la política las exigencias irrenunciables del verdadero bien

común. El Papa y los Obispos tienen pleno derecho a entrar en el debate público y democrático, al igual que otras instituciones, intelectuales y demás personas que expresan su opinión. Sería una discriminación injusta pretender que callen, mientras muchos otros hablan. Por lo demás, también en ámbito político se debe obedecer a la conciencia y la conciencia está obligada a buscar la verdad y a confrontarse con maestros autorizados y expertos en humanidad.

El Papa y los Obispos no se sustraen a su deber de educar las conciencias y de enseñar la verdad en el ámbito social y familiar, sexual y bioético, incluso arriesgándose a la impopularidad y desafiando al poder económico, político, mediático y cultural, siguiendo la exhortación del apóstol San Pablo a Timoteo: *“Te conjuro (...) proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina”* (2Tm. 4, 1-2).

Sin embargo, es muy importante, es más, necesario, que también los cristianos laicos, en armonía con los Pastores y según su competencia profesional, participen en el debate científico, hagan cultura, y contribuyan a formar la opinión pública y las leyes. En este sentido, este Segundo Congreso de *“Salud, vida y Familia”*, en el que intervienen personalidades muy cualificadas en diversas disciplinas, constituye un acontecimiento ejemplar, un paradigma de lo que debería ser la actividad ordinaria y constante de los católicos.

Doy las gracias, pues, a los organizadores y con alegría declaro oficialmente abierto el Congreso.